

la negligencia que el Rey de Portugal había puesto en socorrer al castillo de Búrgos, por cuya pérdida estaba lastimado, é porque aborrecida ya por esta causa la compañía del Rey de Portugal, había embiado á Don Pedro su hijo á tratar con la Reyna su reconciliacion para ser en su servicio; respondió á los mensageros del Rey de Portugal, que él no debía anteponer su servicio al servicio del Rey Don Fernando é de la Reyna Doña Isabel, Reyes verdaderos de Castilla é de Leon, por la voluntad de Dios declarada á los hombres en todos los fechos pasados. É que si todos los destos Reynos eran obligados de estar en su servicio, mucho mas lo debía él ser, porque el Rey de Portugal se ovo mas cruelmente con sus parientes é criados que estaban en el castillo de Búrgos, que el Rey Don Fernando é la Reyna Doña Isabel, pues que él los dexaba morir sirviéndole, y ellos les dieron vida desirviéndoles. (1) «Ansi que decid vosotros al señor Rey de Portugal, que allí debe ir á buscar servidores, donde no se sabe el socorro que hizo á los del castillo de Búrgos, que le esperaban por remediador de sus trabajos. É no pienso que aquello fué pequeño exemplo á todos los que le servian en este Reyno, porque miren bien como ponen sus personas y estados en condicion de se perder por le servir. É por tanto, dixo él, faga el señor Rey de Portugal su guerra como entendiere; é de mí ni de mi casa no espere otra ayuda para su necesidad, salvo la que yo fallé en él para la mia.»

El Rey de Portugal, oida la respuesta del Duque, sabido ansimesmo como Don Pedro, su hijo mayor, é otros algunos de su casa estaban con la Reyna, luego lo tovo por ageno de su servicio; é pensó con la gente que tenia de su Reyno, é del Arzobispo de Toledo, que estaba con él, de ir á Zamora é poner sitio sobre ella por la parte de la puente. E una noche á la primera hora, partió con toda su hueste de la cibdad de Toro, é al alba del dia antes que fuese sentido, amaneció sobre la puente, é asentó allí su real; y él se aposentó en el monesterio de Sant Francisco, que es cerca de la puente, é fizo poner tiros de pólvora muy cerca de la boca de la puente, por manera que ninguno podia salir della para pasar donde su real estaba. Como el Rey vido por la mañana el real que el Rey de Portugal asentó en aquel lugar, é que no vino por la otra parte del rio do estaba la fortaleza para la socorrer, no pudo pensar que utilidad gela podia seguir de aquel asiento; porque ni quitaba los mantenimientos que podian venir á la cibdad por la otra parte del rio, ni menos podia por aquella parte socorrer la fortaleza que estaba sitiada. E como quiera que los capitanes é gentes del Rey quisieran salir por la

(1) Esta respuesta es muy semejante á la que con semejante ocasion dieron los Volcianos, pueblos de la antigua España, á los Romanos que los solicitaban por amigos despues de la memorable pérdida de Sagunto: *Ibi quaeratis socios censeo, ubi Saguntina ciades ignota est: Hispanis populis sicut lugubre, ita insigne documentum Saguntini ruinae erunt, ne quis fidei Romanae aut societati confidat.* Liv., lib. 21, cap. 6.

puente, la gente de los Portugueses, é los tiros de pólvora que estaban asentados contra la boca de la puente lo impedian de manera, que no podian salir, salvo bien pocos; á los quales el peligro de la salida era tan cierto, que muy pocos homes de los de fuera lo podian resistir. Puesto el real del Rey de Portugal en aquel lugar, embió luego sus cartas á todos los caballeros castellanos que estaban á su obediencia; por las quales les facia saber como tenia puesto su real sobre la cibdad de Zamora do estaba el Rey, al qual entendia con el ayuda de Dios de tener cercado, fasta lo tomar y echar del Reyno. Y esto mesmo embió á facer saber al Papa, é al Rey de Francia, é á todas las villas é cibdades de su Reyno de Portugal, é de los Reynos comarcanos de Castilla. El Rey, é todos los Grandes é Caballeros que con él estaban, reputaban á grand injuria la fama que el Rey de Portugal había divalgado, como quiera que no podian recibir daño en el cerco que tenían puesto sobre la fortaleza de Zamora; ni menos la estada del Rey de Portugal en aquel lugar facia empacho para los mantenimientos, ni para otras cosas que venian á la cibdad por la otra parte del rio. E los Castellanos estaban con gran deseo de se ver en batalla con los Portugueses, é procuraron muchas veces de romper el cabo de la puente á la parte do estaba el Rey de Portugal, para salir al real de los Portugueses. Procuraron ansimesmo de pasar el rio, é cometieron otras muchas vias para salir al campo con ellos, é ninguna fallaron segura para lo poder facer. Eansi duró el real del Rey de Portugal en aquel lugar por espacio de quince dias, en los quales desde la cibdad tiraban muchos tiros de pólvora al real, é del real á la cibdad, de los quales recibian asaz daño en la una parte y en la otra; é ansimesmo la fortuna de los frios tenia muy fatigada la gente de los Portugueses, é sus caballos que estaban en el real. La Reyna que estaba en Tordesillas, sabido como el Rey de Portugal había puesto real en aquel lugar, é como divulgó por muchas partes que tenia cercado al Rey su marido é á los Grandes é Caballeros que con él eran, pesóle mucho, é con la gente que tenia facia guerra á la cibdad de Toro, é á las fortalezas de Castronuño, é Siete Iglesias que estaban por el Rey de Portugal. E mandó al Duque Don Alonso, hermano del Rey, é al Infante Don Enrique, que era ya reconciliado con el Rey é con ella, é á Don Pero Manrique, Conde de Treviño, que luego fuesen con dos mil hombres á caballo á se aposentar en las villas de la Fuente del Sahuco é Alahejos, que son cinco leguas de do estaba el Rey de Portugal, para le guerrear é quitarle los mantenimientos que viniesen á su real.

CAPÍTULO XLII.

De las vistas que se trataron con el Rey de Portugal.

Estando el Rey de Portugal en aquel lugar, tratóse muy secretamente que el Rey y él se viesen para platicar en alguna forma de concordia. Para lo qual el Rey de Portugal fiase su persona en el se-

CAPÍTULO XLIII.

Como el Rey de Portugal alzó el real de sobre la puente de Zamora.

guro que el Rey le ficiese, é pasase el rio en un barco con dos hombres solos, y el Rey esperase de la otra parte del rio con otros dos, é que allí se fablesen é concordasen; porque cada uno dellos entendia que le venia bien la concordia, por las grandes necesidades que de la discordia geles recrecian. En este trato entendió Don Enrique Enriquez, tío del Rey, é su Mayordomo mayor. Eacaeció que el Rey de Portugal, la noche señalada para las vistas entró en un barco con dos hombres solos; é como movió para pasar para la otra parte del rio donde el Rey le esperaba, el barco donde iba se finchió de agua, tanto que el Rey de Portugal, constreñido por el peligro que vido, se tornó é no osó ir mas adelante fasta haber otro barco; y embió otro dia á decir al Rey con una persona religiosa que trataba aquella vista, el impedimento que aquella noche ovo, por el qual no pudo pasar á verse con él. E quedó asentada la vista para la otra noche siguiente, la qual se asentó para la una hora despues de media noche. El Rey, segun fué acordado, vino al lugar de la ribera do había de esperar al Rey de Portugal, y estándole esperando á la hora entre ellos asentada, el reloj de la cibdad que andaba errado, dió las tres horas debiendo dar la una; é como el Rey pensó que se había tardado, é considerando que el Rey de Portugal debiera ser venido, é se habria buuelto, porque no le había fallado á la hora asentada entre ellos, acordó de se volver luego á su palacio, porque sus guardas no le sintiesen andar á aquella hora por aquellos lugares. El Rey de Portugal, á la hora asentada, pasó en el barco á la parte de la cibdad al lugar de la ribera, do pensó fallar al Rey; é visto que no estaba á la hora, ni en el lugar entre ellos asentado, volvió para su real; é acordó de no volver tercera vez, considerando que aquellos estorvos eran por algun misterio. Muchas cosas que se fablaron é trataron entre estos dos Reyes sobre esta materia, se dexan de poner en esta Crónica, porque no ovieron efecto. Ni esta se pusiera, salvo porque es bien que los homes quando procuran algunas cosas, é ponen sus fuerzas para conseguir el efeto que desean, é intervienen algunos estorbos é impedimentos semejantes, conozcan que proceden de la voluntad divina, que tiene ordenadas las cosas á otros fines contrarios de los que los homes procuran. Eansi todo home que esta consideracion ovieren, quando no consiguieren el fin que procura, habrá buena paciencia, si se conformare con la voluntad de Dios, en cuya mano son los derechos de los reynos é de todas las otras cosas. Sin dubda la Reyna veyendo las necesidades que de todas partes le ocurrían, é por quitar las guerras y estragos que se facian en sus Reynos, estuvo en propósito de dar alguna suma de oro al Rey de Portugal para sus gastos, é para ayuda al casamiento de aquella Doña Juana; é siempre intervinieron tales é otros semejantes impedimentos, que estorbaron la conclusion.

El Rey de Portugal, visto el poco fruto é gran daño que había de la estada en aquel lugar, sabido ansimesmo como la Reyna que estaba en Tordesillas había embiado gente á la Fuente del Sahuco é Alahejos para quitar los mantenimientos que venian á su real, é que ya el Rey acordaba de facer portillos por la parte de la puente para que su gente pudiese salir á pelear con él; pensó de levantar su real, é retraerse á la cibdad de Toro. E para lo facer mejor, acordó de embiar secretamente una noche, con seguridad que ovo del Rey, á Don Alvaro, fijo del Duque de Berganza, é con él al Licenciado Anton Nuñez de Cibdad-Rodrigo en un barco á la cibdad; los quales llevaban comision del Rey de Portugal de asentar tregua por algunos dias, en los quales pudiese á su salvo alzar el real. Como estos embaxadores pasaron el rio, é vinieron al palacio del Rey, é movieron algunos partidos de concordia, en los quales parecia al Rey é á los de su Consejo que no se debía platicar por no ser razonables; visto por Don Alvaro é por aquel Licenciado que no se aceptaban, dixeron que se debería facer alguna suspension de guerra entre los Reyes por quince dias, durante los quales venia la Reyna al lugar do fuese acordado, é presente ella se podria mas largamente hablar en la materia; é que esperaban en Dios, que se asentaria en ellos toda paz, la qual eran obligados á facer por servicio de Dios, é por dar sosiego en sus Reynos é tierras. A esta fableta fueron presentes con el Rey, el Cardenal de España, y el Almirante, y el Duque de Alva, y el Conde de Alva de Liste, é algunos otros caballeros de su consejo. El Rey quiso saber el voto de aquellos que con él estaban en su consejo, cerca de la tregua que aquellos embaxadores demandaron. Y el parecer de algunos era que la debía otorgar; porque honra del Rey era dar lugar que el Rey de Portugal se fuese de allí do estaba, pues iba sin socorrer la fortaleza ni conseguir fruto ninguno de lo que deseaba, de lo qual venia caída en su fecho, é no podia ser mayor honra al Rey, que embiar el Rey de Portugal sus embaxadores á le pedir tregua. E allende desto decian, que el Rey de Portugal estaba en tierra agena, é odiosa á él é su gente; é que disminuyendo é gastándose de cada dia mas, de necesario le seria, ó dexar el Reyno, ó si en él quisiese estar, recibir gran mengua en su persona y estado, ó venir en partido ventajoso al Rey é la Reyna é injurioso á él. E por tanto que la tregua que pedía gele debía otorgar, é no solamente de quince dias, mas de quanto tiempo él quisiese, en el qual se gastaria é consumiria, é desta manera se alcanzaria venganza dél mas presto que por otra via. El Rey estaba dubboso de otorgar aquella tregua, é quiso saber el voto del Cardenal, é rogóle que dixese lo que le parecia; el Cardenal propuso así;

« Señor, por la reconciliación é paz del humano linage, Dios nuestro Redemptor muchas injurias sufrió, é vos por la paz de vuestros Reynos debeis sufrir la injuria que parece haberos fecho el Rey de Portugal en asentar su real allí donde lo asentó; pero que la sufráis vos por tregua de quince días, no me parece que es servicio vuestro ni de la Reyna mi Señora, ni menos honra de vuestra corona real. Porque venir él allí con ánimo de vos injuriar, é procurar tregua de quince días para poder alzar su real en salvo, ¿qué otra cosa sería, sino haber cumplido su propósito, é hacer verdadera la fama que divulgó, como tenia puesto sitio sobre la cibdad do vos estais, é que lo puso quando entendió, é lo alzó quando le plogo, é todo á su salvo sin resistencia ninguna? Yo, Señor, hablaré en esta materia, no como fijo de la religión é hábito que rescebí, mas como fijo del Marqués de Santillana, mi padre, que por el grand exercicio de las armas suyo é de sus progenitores, fué experimentado en esta militar disciplina. No es de sufrir, diria yo, á ningun caballero, mayormente á un Rey tan poderoso como vos sois, que otro Rey estrangero venga á poner sitio dentro de vuestros Reynos quando quisiere, é lo levante sin daño quando entendiere que le comple, salvo necesidad constriñente. E si esta tregua se ficiere estando el Rey de Portugal en otro lugar de vuestros Reynos, flaqueza mostraríamos, é ventaja daríamos á los Portugueses que entraron y estan en ellos con tanto escándalo é injuria vuestra é de todos vuestros súbditos. Pues mucho mayor flaqueza nuestra pareceria, si se otorgase habiendo venido, y estando allí donde está. La qual estada, no á la grandeza de su hueste, ni á la flaqueza de vuestro poderío se debe imputar, mas á la disposición del lugar que fallaron para impedir la salida de vuestros caballeros, caso que muchos mas fuesen que los Portugueses. Este impedimento quitado, ¿quién impedirá la venganza de la injuria que ante los ojos tenemos, si no fuese gran flaqueza nuestra, é subjecion otorgada á los Portugueses? Los quales pues no vinieron por la parte donde de la fortaleza se debía socorrer, ni su estada allí impide los mantenimientos é otras cosas necesarias á la cibdad, claro parece haber venido solo por adquirir gloria de la fama que han divulgado. Esta por cierto deben llevar sangrienta, é no así limpia como presumen llevar; porque allí do publicaron tener sitiada vuestra persona real, se sepa ansimesmo como ovieron el pago de su indiscreta osadía. Ca de otra guisa, seríamos transgresores de las leyes de la caballería, que defienden la disimulacion de semejante injuria, teniendo, como teneis por la gracia de Dios, fuerzas para la vengar. E mucho debria gemir el estado real vuestro é de la Reyna mi señora, mucho vuestra honra é la suya, mucho los grandes, los generosos, los caballeros, los fidalgos, é generalmente todos vuestros Reynos, si de tal injuria no se mostrase sentimiento. El qual la Reyna ha tanto mostrado

en palabras, é proveído en obras, forneciendo vuestra hueste de gentes é de las otras cosas necesarias, que sería mostrar gran flaqueza si dexádes del fin para que todo ello se aparejó. Hemos de considerar, muy poderoso Señor, que durar los Portugueses en aquel lugar muchos ni pocos días, caso que la pena del tiempo y el daño que reciben pudiesen sufrir, no sería posible por la falta de los mantenimientos que la gente que embió la Reyna puesta á sus espaldas les face. Así que de necesario les será alzar de allí, é volver donde salieron. E la vuelta que hacen los exércitos sin facer fruto, notorio es que les pone gran flaqueza, porque los brazos geles caen juntamente con los ánimos, é no vuelven con aquel vigor con que salen á la hacienda. E así bien es de creer, que el orgullo que estos Portugueses traxeron quando allí vinieron, el poco fruto que han conseguido, y el mucho trabajo que han padecido, les ha puesto mas en deseo de reparar, que de pelear. Representeseos, Señor, quanta fuerza é quanto deseo de pelear tenia la gran hueste que llevastes á Toro á presentar la primera batalla que presentastes al Rey de Portugal; é pensad tambien quanta flaqueza é desorden á la vuelta traíamos, por no seguir el efecto que pensábamos. De lo qual si los enemigos fueran avisados, pudieran con pocos desbaratar toda aquella multitud de gente que allí con vuestra Señoría venimos, si Dios no les cegara el conocimiento. Desta ceguedad, muy poderoso Señor, debemos carecer, pues vemos la razon junta con la experiencia, que nos avisa é amonestalo que debemos facer. Allende desto es de pensar que ellos están en tierra agena, que naturalmente les pone temor, é de los Castellanos que estan con ellos, no bien seguros é trabajados é muy fatigados de la fortuna del tiempo que han pasado en el campo. Los vuestros por la gracia de Dios deseosos de servirlos, é de se vengar de aquella osadía que han cometido los Portugueses: sus personas é sus caballos han estado en casas, defendidos de la fortuna del invierno. Están ansimesmo muy dispuestos para la batalla, porque ellos salen, é los contrarios vuelven. Conoced pues, Señor, la ventura que divinamente se os ofrece. Sabed usar della; no la perdais, ni la prolongueis, porque no fagais esta question inmortal. La qual, otorgando treguas, de necesario durará, é andareis luchando con las mudanzas que la fortuna suele facer; en las quales vuestras fuerzas se enflaquecerán de tal manera, que no podreis negar á los vuestros las mercedes que os demandaren, ni castigar los yerros que ficiere, por las necesidades continas que en la division terneis. E así en poco tiempo á vos é á la Reyna quedará poca facultad para dar, é menos para usar de la justicia que sois obligados: donde se seguirá que estos Reynos se conviertan en una disolucion de tiranías, de que Dios sea deservido, é vos podria ser que oviédeses alguna tentacion por el pecado de la negligencia. »

CAPÍTULO XLIV.

De la respuesta que llevaron los embaxadores del Rey de Portugal.

Mucho plogo al Rey é á todos los mas de los Grandes é Caballeros que con él estaban, de la fabla que el Cardenal fizo; por la qual el Rey deliberó de no otorgar aquella tregua, ni por sola una hora, é mandó llamar á Don Alvaro é á aquel Licenciado para les dar la respuesta. Aquellos embaxadores venidos al Consejo, porque el Cardenal estaba muy pesante de la destruicion que el Rey de Portugal habia fecho en el monesterio de Sant Francisco, donde asentó el real, les dixo: « Decid vosotros al Rey de Portugal que mal ha guardado la casa consagrada, donde Dios, de quien él esperaba ayuda, era adorado. Mucho estamos acá maravillados de su devocion consentir tan gran destruicion en templo tan notable. Los bárbaros quando por fuerza de armas entraron la cibdad de Roma, con grande veneracion guardaron los templos, é nunca consintieron en ninguna casa de oracion facer una sola violencia de las muy muchas que Su Señoría ha fecho é permitido facer en aquel santo templo. De mi parte le decid que mucho debe á Dios por causa desta transgresion, así para lo satisfacer en obra exterior, como en penitencia é contricion interior. » E porque el Rey habia rogado al Cardenal que les diese la respuesta acordada, les dixo que el Rey habia deliberado en su Consejo de venir en qualquiera medio de paz é concordia razonable, aunque en algo fuese perjudicial á él é á la Reyna, por dar paz é sosiego en sus Reynos. Pero que esto convenia facerse luego desde aquel lugar do el Rey de Portugal estaba, pues por estar tan cerca podrian platicar mas prestamente en las materias é dar conclusion en ellas, lo que no se podria así buenamente facer estando apartados el uno del otro. E que para estar allí donde estaba en tanto que duraba la plática de la concordia, razonable cosa era que se ficiere la tregua que de su parte se movia; pero que fuese cierto que de allí no se habia de apartar solo un paso sin perpetua paz ó cruel batalla. E con aquella respuesta volvieron Don Alvaro é aquel Licenciado que con él vino.

CAPÍTULO XLV.

De la batalla Real que fué fecha entre Toro é Zamora.

El Rey de Portugal é la gente de su hueste, no pudiendo sufrir mas la estada en aquel lugar, así por la fortuna del tiempo, como porque la gente que la Reyna habia puesto en la Fuente del Sahuco les quitaba los mantenimientos, acordó de alzar el real que habia puesto. E porque Don Alvaro y el Licenciado de Cibdad-Rodrigo no habian traído conclusion de la tregua que habia embiado procurar; pensó de lo alzar de noche, é tan calladamente que las guardas que estaban en la puente no lo sintiesen, y embió todo su fardage adelante. E un Vier-

nes por la mañana, primero día de Marzo deste año de mil é quatrocientos é setenta é seis años, ante un poco del alba del día, ordenadas sus batallas volvieron para la cibdad de Toro. Quando las guardas de la puente vieron bien por la mañana como el Rey de Portugal habia alzado el real, é que el impedimento de la salida al campo por la puente era ya quitado, fuéronlo á decir al Rey. E como lo supo, mandó luego armar su gente; la qual comenzó á salir por la puente, é la salida era tan estrecha, é las cavas é baluartes que estaban fechos delante la puente eran tantos, que no podian salir los del Rey, sino pocos á pocos. E tanta era la voluntad que todos tenian de salir, é de ir empos de los Portugueses, que muchos de los peones salian en barcos, é otros se aventuraban á salir por la presa que estaba en el rio. De manera que quando todos fueron salidos por una parte é por otra, era ya pasada gran parte del día. E porque muchos, así de pie como de caballo, iban desordenadamente empos de los Portugueses, el Rey mandó á un su capitan, que llamaban Diego de Ovando de Cáceres, que con doscientos hombres á caballo fuese á tener la gente, que no fuese desordenada, fasta que todos los de su hueste fuesen salidos de la cibdad é puestos en orden de batalla. Como la gente de armas é peones salió fuera de la cibdad, luego el Rey mandó ordenar todas sus gentes de armas en esta manera. En su batalla real iba Don Enrique Enriquez, su Mayordomo mayor, con algunos caballeros sus criados, é otros hijosdalgo continos del palacio real. Ansimesmo iba la gente de armas de Galicia, que embió el Conde de Lemos, é otros caballeros de aquel Reyno; é las gentes de armas de Salamanca, é Zamora, é Cibdad-Rodrigo, é Medina, é Valladolid, é Olmedo, que habian venido á le servir. Otrosí iban seis esquadras de gente, en una de las quales iba por capitan Don Alvaro de Mendoza, á quien el Rey é la Reyna dieron título de Conde de la su villa de Castrojeriz; y en esta iban Gutierre de Cárdenas, é Rodrigo de Ulloa, sus Contadores mayores. En otra esquadra iban por capitanes el Obispo de Avila, é Alonso de Fonseca, señor de Coca é Alajejos. En otra iba por capitan un caballero que se llamaba Pedro de Guzman. En otra esquadra iba otro que se llamaba Bernal Frances. En otra esquadra iba por capitan Pedro de Velasco. En otra esquadra iba Vasco de Vivero. Todas estas seis esquadras de gente iban á la mano derecha de la batalla del Rey, á la parte de las cuestras que se facen yendo de Zamora á Toro por aquella parte de la puente. En la ala izquierda de la batalla del Rey, á la parte del rio de Duero iban el Cardenal de España con la gente de su casa, é luego cerca dél iba el Duque de Alva con otra esquadra de la gente de su casa; é de la otra parte el Almirante Don Alonso Enriquez, tio del Rey, y en aquella batalla iba Don Enrique Enriquez, Conde de Alva de Liste. En otra batalla iba Don García Osorio, capitan de la gente del Marqués de Astorga, su sobrino, y el peonage iba en medio de aquellas batallas. Puestas todas estas esqua-

dras de gentes en orden, el Rey con consejo del Cardenal é de aquellos caballeros que con él iban, mandó mover sus haces, é fueron empos de las batallas del Rey de Portugal, fasta el medio camino que es de Zamora á Toro. E llegaron á un portillo estrecho, que se face entre las cuestas y el rio, por el qual no puede pasar mucha gente junta. E porque fué dicho al Rey, que no podría alcanzar al Rey de Portugal, é que antes que oviese pasado aquel portillo, todas aquellas gentes portuguesas serian puestas en salvo en la cibdad de Toro, mandó estar quedas las batallas, é que se juntasen los capitanes; é juntos allí en el campo, preguntóles si seria bien pasar su hueste mas adelante. Ovo ende algunos cuyo consejo era que el Rey se tornase á Zamora, pues en llegar fasta aquel lugar empos de su adversario, habia fecho todo lo que se debía facer é complia á su honra, mayormente que el Rey de Portugal no esperaba, é iba como de fuida, é no volvía la rienda para pelear. E ansimesmo decian, que era ya tarde, y en el tiempo que era menester para pasar la gente aquel portillo, seria tanto de noche, que no podrían pelear. Y estando el Rey en esta dubda, el Cardenal le dixo: «Señor, si mandáredes, yo pasaré aquel portillo, é veré las batallas del Rey de Portugal, é vista la forma como van ordenadas, habreis acuerdo si debeis pasar el portillo; porque agora ni vuestras batallas ven á las tuyas, ni las tuyas ven á las vuestras, para que veyéndose los unos á los otros, se pueda conocer de que propósito están los Portugueses. Porque, Señor, un ánimo pone la ausencia, é otro la presencia del enemigo. Quando los Portugueses vieren vuestras batallas, é no esperaren, estónces se puede decir que van fuyendo, ó podeis mandar soltar alguna gente que vaya empos dellos para les facer daño. E si de aquí acordáis volver sin ver vuestro adversario, é lo poner en fuida, no se puede con verdad decir que el día de hoy habeis llevado la honra que vos queréis é todos deseamos. E sabe bien Vuestra Señoría, que el deseo de todos vuestros caballeros era verse en campo con los Portugueses; é no me parece cosa de caballeros, agora que vemos lo que deseamos, no poner en obra lo que mostráramos desear.» El Rey oída aquella razon del Cardenal, dixo que era muy buen consejo. E luego el Cardenal, solo con un capitan que se llamaba Pedro de Guzman, pasó el portillo; é vido la gente del Rey de Portugal é sus haces, que iban puestas en orden de batalla, pero no iban desconcertadas ni en fuida. Porque como sopo el Rey de Portugal que el Rey habia salido de Zamora con su hueste para venir contra él, ovo consejo con sus caballeros, que era grand injuria desordenar su hueste. El Cardenal quando los vido, tornó al Rey, é díxole: «Señor, el Rey de Portugal no va fuyendo como decian, ántes lleva sus batallas ordenadas; é si vos mandádeses agora volver vuestras gentes, é no fuédeses contra él, llevaria hoy de vos toda la honra que vos pensáis llevar dél, pues no le poneis en fuida. Por ende pareceria que debeis mandar pasar adelante toda

la gente, é que se aparejen todos para la batalla, é si el Rey de Portugal esperare; é fio por Dios en cuya mano son las victorias, que vos daré hoy el vencimiento que todos esperamos.» Luego el Rey mandó á todos aquellos capitanes, que fuese cada uno al lugar do habian dexado su esquadra de gente; é movió con su batalla adelante contra los Portugueses ordenadamente, como homes que habian de pelear. E amonestóles que ficiesen como fidalgos é buenos y leales vasallos deben facer, é que toviessen ante los ojos la injuria que habian poco antes recibido de los Portugueses, asentando allí do asentarón su real; é que no ge les olvidase en el campo la voluntad que tenían en casa de pelear con ellos. Los capitanes se apartaron del Rey, é cada uno dellos fué para su gente, é la amonestó lo mejor que pudo para la batalla, é pasaron todos aquel portillo. Sabido por el Rey de Portugal que el Rey venia empos dél, reputando á gran mengua si no tornase á pelear, mandó volver sus batallas, y esperar al Rey é darle batalla, porque habia poca diferencia en el número de la gente de caballo del un ejército al otro. E sus batallas iban ordenadas en esta manera. En la batalla suya iba el Conde de Lenle, é Pereyra su guarda mayor con sus gentes, é muchos caballeros y escuderos Castellanos que estaban en su compañía. En la ala de su mano izquierda iba el Príncipe su fijo con otra esquadra, do iba de la mejor gente de toda su hueste, é con él iba en otra esquadra el Obispo de Eborá con su gente; y estas dos batallas del Príncipe é del Obispo, iban fornecidas de gran número de espingardas é otros tiros de artillería. En la ala de la mano derecha iba otra esquadra, do iba por capitan el Conde de Faro con su gente é con la gente del Duque de Guimarains, su hermano. Y en otra batalla iba el Arzobispo de Toledo con toda la gente de su casa, y en esta ala iba otra esquadra, do iba por capitan el Conde de Villareal, y en otra batalla iba el Conde de Monsanto con sus gentes. El peonage del Rey de Portugal venia repartido en quatro partes, todas á la parte del rio. E así el Rey de Portugal, como todos aquellos capitanes, amonestaban sus gentes á la batalla, é poníanles esfuerzo, para que con mejor ánimo peleasen. Puestos los unos é los otros en orden de batalla, como las banderas enemigas se vieron, fecho por las trompetas el signo de pelear, los unos se vinieron para los otros con recio cometimiento, é las batallas se invistieron unas en otras; é nombrando cada uno su apellido, los unos Fernando, los otros Alfonso, se encontraron con las lanzas. E luego aquellos seis capitanes castellanos, que habemos dicho que iban á la mano derecha de la batalla del Rey, contra los quales vino á encontrar el Príncipe de Portugal y el Obispo de Eborá, volvieron las espaldas é se pusieron en fuida, porque en ellos no habia tanta gente como en la batalla del Príncipe de Portugal, é porque la batalla de los Portugueses iba toda junta, é la de los Castellanos repartida en seis partes, en especial por el gran daño que á los primeros encuentros recibieron de la muchedumbre

de las espingardas é artillería que venia en la batalla del Príncipe. El Rey é los de su batalla, é los otros Grandes é Caballeros que iban en las otras esquadras á la mano izquierda, encontraron con la batalla del Rey de Portugal é del Arzobispo de Toledo, é contra las otras de los Portugueses que iban en el ala de su mano derecha; é quebradas las lanzas, vinieron al combate de las espadas. E todos revueltos unos con otros, sonaban los golpes de las armas y el estruendo del artillería é las voces, unos nombrando su apellido, otros gimiendo sus llagas é caidas, otros demandando ayuda, otros reprehendiendo los que veian negligentes en pelear, y esforzándolos que peleasen. E porque entre los Castellanos é Portugueses habia la vieja question sobre la fuerza y el esfuerzo de las personas, cada uno por su parte se disponia á la muerte por alcanzar la victoria. Duró la fortuna suspensa desta batalla por espacio de tres horas, que no se mostraba el vencimiento de la una parte ni de la otra. En este tiempo los capitanes ayudaban y esforzaban á los suyos, cada uno en el lugar do era menester. Al fin no pudiendo los Portugueses sufrir las fuerzas de los Castellanos, fueron desbaratados, é vueltas las espaldas se pusieron en fuida por escapar en la guarida que tenían cerca en la cibdad de Toro. E muchos de los peones portugueses é otros caballeros se lanzaron en el rio de Duero pensando escapar nadando; algunos de los quales fueron fallados en Zamora, que los llevaba el rio. El Rey de Portugal como vido su gente desbaratada, acordó de dexar el camino de Toro, por no recibir daño de los del Rey que seguian el alcance; é con tres ó quatro que quedaron con él de todos los que tenían cargo de guardar su persona, aportó esa noche á Castronuño, do fué recebido é servido por el alcaide en la fortaleza. Muchos de los que fueron en aquellas seis batallas de los Castellanos desbaratados al principio por el Príncipe de Portugal, visto el vencimiento que el Rey é los de las otras batallas que con él eran habian fecho por la parte do peleaban, volvieron é juntáronse con la gente del Rey, é tornaron á pelear. E allí fué tomado por el Cardenal é por la gente de armas que guardaba su persona, el estandarte del Rey de Portugal. E porque se detenia queriendo escapar de muerte al alférez á quien fué tomado, aquel caballero Diego de Ovando de Cáceres que habemos dicho, le dixo: *Seguid, señor, la vitoria que Dios ha querido dar oy al Rey, é no vos ocupéis en esto que está ya vencido.* El Cardenal dexó aquel lugar, y encomendó el estandarte á dos caballeros que se llamaban, el uno Pedro de Velasco, y el otro Pero Vaca, los quales lo tornaron á perder. E fueron tomadas ocho vanderas de los Portugueses, é traídas á la cibdad de Zamora; é fueron muertos muchos de la una parte é de la otra (1). Pero de

(1) El Cura de los Palacios dice que, á lo que pudo saberse, murieron de los del Rey Don Alonso hasta mil y docientos, entre ellos el Alférez que llevaba el pendon real; cuyo arnes y tambien el pendon dice se conservaba en su tiempo en la capilla de los Reyes de Toledo. El Cronista no apunta el lugar fijo de la batalla,

los Portugueses fueron mas los que murieron lanzándose en el rio por escapar, que los que mató el fierro peleando. Fueron ansimesmo presos muchos de los Portugueses, entre los quales fué preso el alférez que traia el pendon real del Rey de Portugal, é traído á la cibdad de Zamora. El Rey é la Reyna mandaron poner el arnes de aquel alférez que fué tomado, en la capilla de los Reyes de Santa María de Toledo, do está puesto fasta el presente día. Fecho el desbarato, é venida la noche, fué tan grande la turbacion que los Portugueses ovieron en la batalla, que no miraron por su Rey, ni ovieron lugar de le guardar; é por escapar la vida, les fué turbado el consejo de lo que á la hora eran obligados de facer, é siguieron la via de Toro, do pensaron que su Rey habria aportado. De la parte del Rey fueron algunos muertos é feridos en la batalla, pero ninguno fué preso, salvo Don Enrique Enriquez, Conde de Alva de Liste, el qual pensando que iba acompañado de los suyos, fué tanto adelante en el alcance, que cerca de la puente de Toro fué preso por los Portugueses. En este alcance fueran muchos mas Portugueses muertos é presos, salvo por el impedimento de la noche, é de la gran lluvia que aquella hora facia; é ansimesmo porque veyéndose en aprieto los Portugueses, acorriáanse al apellido de los Castellanos, é llamaban *Fernando, Fernando*; é con este apellido muchos dellos fueron libres de muerte é prision. El Príncipe de Portugal, visto que la gente del Rey su padre era vencida é desbaratada, pensando reparar algunos de los que iban fuyendo, subióse sobre un cabezo, á donde tañendo las trompetas, é faciendo fuegos, é recogiendo su gente, esto quedo con su batalla, é no consintió salir della á ninguno. Contra el qual el Cardenal de España, é ansimesmo el Duque de Alva, quisieran ir con algunos que podieran recoger de aquellos que venian del alcance, é de otros que andaban derramados por el campo tomando caballos é prisioneros; é no pudieron recoger la gente ni moverla, porque la noche era tan oscura, que ni se veian ni se conocian unos á otros, é la gente estaba cansada, é dellos no habian comido en todo el día, porque de Zamora habian salido mucho por la mañana. El Rey volvió luego para la cibdad de Zamora, porque le dixerón que podria venir gente del Rey de Portugal, de la que habia quedado en la cibdad de Toro por la otra parte del rio, á dar en las estanzas que dexó sobre la fortaleza de Zamora. Y el Cardenal y el Duque de Alva quedaron en el campo recogiendo la gente, é volvieron con ella á la cibdad de Zamora.

CAPÍTULO XLVI.

De las cosas que pasaron en Toro la noche del vencimiento.

El Duque de Guimarains, que habia quedado por mandado del Rey de Portugal en la guarda de la

que fué el Campo de Pelayo Gonzalez, una legua de Toro, como se ve por un despacho del Rey Don Fernando hecho en Zamora en 9 de Marzo, que trae Zúñiga, *Anal. de Sevilla*, año 1476. Bernald., cap. 22.

ciudad de Toro, veyendo venir la gente Portuguesa desbaratada, é que el Arzobispo de Toledo é los otros caballeros é capitanes Portugueses venian sin el Rey de Portugal, del qual no sabian decir nuevas, sospechó que los Castellanos que estaban en su compañía habian cometido alguna traycion en la batalla contra él; é fizo guardar el muro é las puertas de la cibdad, é acordó de poner gente de armas á la puerta de la puente, é no dexar entrar á ninguno en la cibdad fasta que el Rey de Portugal viniese. El Arzobispo de Toledo é los otros caballeros, así Portugueses como Castellanos, é otras gentes que venian fuyendo de la batalla, especial los feridos que se querian curar, recelando prision ó muerte si los del Rey siguiesen el alcance, daban voces, los Castellanos repitiendo el servicio que habian fecho al Rey de Portugal poniéndose por él á la muerte; otros lloraban sus llagas, otros lloraban las muertes de sus amigos é parientes, otros daban voces preguntando por sus señores. Los Portugueses de dentro, escandalizados por la sospecha que habian concebido, á grandes voces preguntaban á los de fuera si venia el Rey. Los de fuera con recelo del peligro en que estaban, rogaban que les abriesen. E así en los unos como en los otros habia turbacion é confusion, especialmente porque los Castellanos que allí eran recelaban de los Portugueses, é los Portugueses de los Castellanos. Y en aquella hora ni habia señor que los mandase ni discrecion que los ministrase; é así duró la turbacion entre ellos fasta que el Príncipe de Portugal llegó, el qual luego entró dentro en la cibdad, é mandó que abriesen al Arzobispo de Toledo é á todas aquellas gentes, así Portugueses como Castellanos. Esa noche, como el Rey de Portugal no parecia en el campo, ni habia aportado á la cibdad de Toro, ni lo fallaban por ninguna parte, é la noche era tan afortunada de escuridad é de lluvia, que no podian ir á lo buscar, estaban todos en gran turbacion; en especial aquellos caballeros fidalgos de su reyno é todos sus criados estaban avergonzados; porque vencidas las personas con el peligro de la muerte, les fué turbado el juicio para hacer lo que eran obligados cerca de la guarda de su Rey en la hora de la necesidad. El Duque de Guimarains que habia quedado en guarda de la cibdad, los reprehendia gravemente. «O fidalgos de Portugal, decia él, ¿do está vuestro Rey? ¿Do está vuestro señor? ¿Do dexastes vuestra cabeza é vuestro capitan? No sé yo porque no sopistes guardar todos á uno solo, que era guarda de todos; ni sé como podeis ver la gente, ni sufrir que la gente vea á vosotros, habiendo dexado vuestro Rey en el peligro, por escapar vosotros dél. Si perdistes la fuerza para pelear con él, no sé como perdistes el entendimiento para venir sin él. Guardábades la persona del Rey en la cámara, en la tabla; guardábadesle en las fiestas, en los placeres, é dexástele de guardar en la batalla, do su honra é vida habiades mas de mirar.» E aquellos caballeros estaban tan turbados, que ni lloraban ni respondian, porque la vergüenza y el pesar les

impedia las lágrimas é la fabla. El Principe de Portugal estaba ansimesmo muy turbado porque no sabia del Rey su padre, é porque le ponian en sospecha de los Castellanos que habian cometido alguna traycion. El Arzobispo de Toledo é los Castellanos que en aquella batalla se acaecieron, estaban en recelo por la sospecha que dellos se habia; de la qual eran tan inocentes con el Rey de Portugal, quanto culpados con su Rey natural por haber seydo en batalla contra él. Otro dia por la mañana, el Rey de Portugal que la noche pasada habia estado en cuidado grave, pensando qué fortuna habia seydo la de su fijo el Príncipe, embió á decir á los de Toro como habia aportado esa noche á Castronuño; é luego él en persona vino á la cibdad de Toro, é se juntó con el Principe su fijo.

La Reyna que estaba en Tordesillas, sabida la victoria que el Rey ovo, é como el Rey de Portugal habia aportado fuyendo á Castronuño, luego mandó juntar la clerecía de la villa, é facer gran procesion; en la qual fué á pié é descalza desde el palacio real do estaba, fasta el monesterio de Sant Pablo, que es fuera de la villa, dando gracias á Dios con muy gran devocion, por la victoria que habia dado al Rey su marido é á sus gentes.

CAPÍTULO XLVII.

De las cosas que pasaron en Zamora despues de habido el vencimiento de la batalla real.

El Rey habida aquella victoria, luego otro dia mandó llegar mas las estanzas que estaban puestas contra la fortaleza de Zamora. E las gentes que el dia antes fueron en la batalla, repartian los despojos que habian habido; como quier que por ser de noche é muy escura, fueron en poca cantidad, segun el gran número de la gente que fué desbaratada. Muchos de los Portugueses que quedaron de la batalla, así de caballo como de pié, se volvian para Portugal. E porque á la entrada en Castilla con el orgullo que traian, hicieron algunos robos é fuerzas de mugeres en una tierra de Zamora por donde entraron, que se llama Val de Sayago, los de aquella tierra mataban é prendian todos los Portugueses que por allí volvian á Portugal, é muchos dellos castaban por las fuerzas de las mugeres que habian fecho. E por este recelo juntábanse muchos de los Portugueses, é facian su partido con qualquier de los del Rey que fallaban, porque los pasasen seguros á Portugal, é dábanles por cada uno un real de plata. Esto sabido por el Rey, fué platicado en su Consejo si se debía dar lugar que los Portugueses pasasen en salvo á Portugal. Algunos caballeros é otros homes de la hueste del Rey, cuyos fijos y hermanos é parientes fueron muertos é feridos en la batalla, con el dolor que tenían del daño de sus propinquos, trabajaban de provocar al Rey que usase de crueldad contra aquellos Portugueses que se volvian á Portugal, á fin de los matar ó poner en servidumbre. E traian á la memoria del Rey las injurias é muertes cruels que los Portugueses habian

fecho á los Castellanos en la batalla de Aljubarrota, donde olvidada la piedad, usaron de toda crueldad contra los Castellanos, que con el Rey Don Juan su bisabuelo fueron. Representábanle ansimesmo el orgullo é sobervia grande con que habian entrado en sus Reynos á los tomar, é las injurias de dicho, é los robos é muertes de fecho que contra los labradores é gente pacífica habian cometido. E suplicaban al Rey que no perdonase á los que no perdonaran, ni salvase á los que no salvaran, si vencieran. Estas é otras razones decian aquellos caballeros al Rey, porque les diese lugar de se vengar de los Portugueses, especialmente porque los deseaban tener por esclavos. El Rey estaba en dubda de lo que habia de facer.

El Cardenal de España le dixo: «Matar al que se rinde, mas se puede decir torpe venganza, que gloriosa victoria. Si vosotros, caballeros, matáades peleando á estos Portugueses, fecho era de caballeros; pero si se os rindieran é los matáades, á crueldad se reputara, é mucho se ofendiera el uso de la nobleza castellana que lo defiende; quanto mas viniendo á pedir misericordia de sus vidas, é libertad de sus personas. Cosa es por cierto agena de toda virtud matar los desarmados que no se defienden, porque no los podimos matar armados peleando. Estos Portugueses que se vuelven á Portugal, gente es comun, que vino por fuerza á llamamiento de su Rey; é si fuerzas han cometido en este Reyno, tambien las cometiéramos nosotros en el suyo si el Rey allá nos llevara. Pero Gonzalez de Mendoza, mi bisabuelo, señor de Alava, en aquella batalla de Aljubarrota que vosotros decis, peleando sacó al Rey Don Juan del peligro de muerte en que estaba, é puesto en salvo, tornó á la batalla, donde fué muerto peleando; é desta manera fenecieron allí algunos mis parientes, é otros muchos homes principales de Castilla. E no es cosa nueva que con el orgullo del vencimiento se ficiessen aquellas crueldades que decis, porque difficile es templar el espada en la hora de la ira. Pero sería cosa inhumana, pasados diez dias de la batalla, que durase la furia para matar á los que vienen demandando piedad. Nunca plega á Dios, di-xo él, que tal cosa se diga, ni en la memoria de los vivos tal exemplo de nosotros quede. Trabajemos por vencer, é no pensemos en vengar, porque el vencer es de varones fuertes, y el vengar de mugeres flacas. E si venganza quereis, ¿qué mayor puede ser, que no vengaros del que os podeis vengar, é dar vida é libertad al enemigo, pudiendo darle muerte é captiverio? Por cierto si la pasada fuese impedida á estos que se van, de necesario les sería quedar en vuestros Reynos, para facer en ellos guerras é males, é por tanto parece que es mejor consejo dar lugar al enemigo para fuir, que darle ocasion para quedar á facer mal.»

Oidas las razones del Cardenal, el Rey mandó pregonar que no impidiesen la pasada á los Portugueses, ni les ficiessen mal alguno; é fizo merced á un capitan de los ginetes del Duque de Alva de to-

do lo que podiese haber de los Portugueses por los pasar en salvo. Aquel capitan pasó á todos aquellos que se iban á Portugal por precio que cada uno le daba; lo qual fué reputado á mayor vencimiento é caída de los Portugueses, que la que ovieron el dia de la batalla. Ansimesmo algunos de los que fueron presos é despojados en la batalla é traídos á Zamora, venian demandar merced; y el Rey los mandaba vestir, é darles lo que oviesen menester. Este Cardenal era fijo del Marqués de Santillana, Don Inífigo Lopez de Mendoza, Conde del real de Manzanares, é nieto de Don Diego Hurtado de Mendoza, Almirante mayor de Castilla. Era home esforzado, é de grand ingenio; é siempre fué visto procurar el pacífico estado, é celar el honor de la corona real de Castilla.

CAPÍTULO XLVIII.

Como el Rey tomó la fortaleza de Zamora.

El Mariscal Alfonso de Valencia, visto el vencimiento que ovo el Rey, é como ni habia habido, ni esperaba haber socorro del Rey de Portugal, demandó fabla con el Cardenal, y encomendóse á él, que ganase perdon del Rey para él é para todos los que con él estaban, é restitucion de todos sus bienes. El Cardenal, acatando que tenia debdo de sangre con él, suplicó al Rey que le perdonase. El Rey luego otorgó aquel perdon á suplicacion del Cardenal, porque ovo consideracion que era mozo, é habia errado mas por ignorancia seyendo engañado de su suegro Juan de Porras, que por malicia é deslealtad; é mandóle restituir sus bienes. E recibió dél la fortaleza, en la qual estaba la cámara é arcos del Rey de Portugal, que dexó allí en guarda quando partió de Zamora. Las quales cosas el Rey no quiso tomar para sí, ni menos facer merced dellas á ninguno de los caballeros é capitanes que las demandaron, porque sopo que eran cosas de la cámara del Rey de Portugal, é arcos de su persona. Algunos de aquellos caballeros é capitanes que estaban quexosos porque ni el Rey lo tomaba, ni lo daba, le dixerón: «Por cierto, Señor, lo que el Rey de Portugal en estas guerras ha podido haber de vos é de los vuestros, no lo ha dexado libre, como vos dexais esto que buenamente podeis tomar.» Respondióles el Rey: «Queremos, si pudiéremos, quitar al Rey de Portugal mi primo los malos conceptos de su voluntad, é no los buenos arcos de su persona.» E luego mandó tomar todas aquellas cosas que allí fallaron, é lleváronlas en salvo al Rey de Portugal á la cibdad de Toro. Tomada la fortaleza de la cibdad de Zamora, el Rey dió la tenencia della á Don Sancho de Castilla; é con acuerdo del Cardenal de España, é de los otros caballeros que con él estaban, deliberó de venir á la villa de Medina del Campo. La Reyna que estaba en Tordesillas, vino ansimesmo para Medina.

El Cardenal, creyendo que el Rey de Portugal por el desbarato que ovo, estaria mas inclinado á facer algun partido que escusase mayores daños, le em-